

SAULO TORÓN: TREINTA AÑOS (MÁS) DE SILENCIO¹

JOSÉ YERAY RODRÍGUEZ QUINTANA
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

RESUMEN

Tres décadas después de la desaparición del autor grancanario Saulo Torón, su obra, si bien editada en su totalidad, a la sombra constante de la de otros creadores contemporáneos, adolece de acercamientos que la valoren en sí. Una de las principales ausencias críticas es la que se refiere a su producción teatral. Este trabajo, que se centra en su primera obra dramática, *Duelo y jolgorio*, pretende desentrañar lo que esta vocación dramática oculta, despojándola de su aparente ingenuidad.

ABSTRACT

Three decades after the death of the writer from Gran Canaria Saulo Torón, his work, although published in its entirety, suffers from a lack of critical attention since he is very much in the shadow of other contemporary writers. One of the main critical absences is in reference to his theatrical production. This paper, which focuses on his first dramatic work *Duelo y jolgorio* intends to reveal this hidden dramatic vocation, divesting it of its apparent simplicity.

Saulo Torón no era amigo de que le hicieran homenajes. Muchos de los que se le tributaron en vida tuvieron que gestarse en secreto y el primer sorprendido era el propio poeta. Su timidez extrema y su inalterable modestia hacían que no se sintiera nunca merecedor del reconocimiento público. El mero hecho de leer su poesía de viva voz suponía para él un esfuerzo heroico. Fuera de su hogar, de su círculo íntimo, muy pocas veces dejó escuchar sus voz y sus versos a la vez. Para que se aprecie hasta qué punto llegaba esta enfermedad, esta dolencia incurable, como el propio Saulo decía, quisiera referir una curiosa anécdota. El dieciocho de marzo de 1972 en Agaete y con motivo del Día de la Poesía se le tributó un homenaje en el Casino de la Luz. El acto, cuyo programa tuvo que repartirse al comienzo del mismo para evitar que llegara a oídos del autor, contó con la participación del Orfeón del Casino, de los alumnos de la academia de canto de Isabel Macario, esposa del poeta, que fueron presentados por Cristóbal García del Rosario (Domingo Santana, José Miguel Santana y la hija del poeta, María Isabel Torón Macario, acompañados por la guitarra de Claudio Montesdeoca y el timple de Juan González Valerón), y con la introducción de Sebastián Sosa a la figura del homenajeado. Torón se vio comprometido a leer sus versos cuando el presidente del Casino, José Antonio García Álamo descubrió una placa que rezaba: “Aquí dijo sus versos Saulo Torón el Día de la poesía de 1972”, de otra forma, los que entusiasmados habían organizado el agasajo, habrían vuelto a casa aquella noche sin escuchar la voz del poeta.

El gran homenaje que recibió el poeta en octubre de 1969, y del que sí tuvo conocimiento anticipado, lo tuvo durante los días previos en profunda desesperación: “¿Un homenaje?.. ¿a mí?”. Pues sí. Igual que mereció aquel gran evento organizado por Manuel Morales, el hijo de Tomás, merece don Saulo que hoy nos hayamos reunido aquí para hacer memoria, para saber más de alguien que pisó estas mismas calles que nos rodean, que posó la mirada en el mismo horizonte que hoy nos queda enfrente y que dejó huellas en la arena próxima; alguien que vertió en sus obras el testimonio de un espíritu sensible ante una realidad que se sorprendía a sí misma; alguien que nos dejó hace hoy treinta años.

Como digo, no estoy seguro de que a Torón le haga aún mucha gracia que le tributemos un reconocimiento. De lo que sí estoy completamente

seguro es de que hay dos cosas del día que hoy celebramos que sí lo harían muy feliz. Una de ellas es la música, una de sus pasiones, pasión casi innata que cultivó desde niño y que se vio acrecentada cuando se casó en 1936 con una soprano: Isabel Macario y cuando su hija María Isabel también eligió la carrera lírica. Otra cosa que seguro que agrada a Torón es que hayamos elegido este recinto, el del Club Victoria, para juntarnos y recordarlo. Saulo Torón fue victorista y él mismo se encargó de declararlo. Esto dijo en una composición publicada en el periódico *El País* el 2 de mayo de 1928:

¡Por fin el Victoria
quedó campeón!...
¡Qué máxima gloria
para esta región!

¡Venció al fin el bravo
conjunto de Ortiz!
(Y yo, que lo alabo,
me siento feliz.)

¡Qué orgullo, señores,
para Gran Canaria!
¡Qué acopio de honores!
¡Vencer en Nivaria!...

.....
Con música, flores
y aplausos nutridos...
Y a los luchadores
que fueron vencidos,
el *Canta y no llores*.
¡Qué gusto señores,
quedar vencedores!².

Por tanto, aunque al hombre le causara rubor el hecho de verse homenajeado, le regocijaría haber escuchado el concierto que ha precedido este acto y también estar presente en este club por el que tantas simpatías tuvo.

*

A este rincón de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria en el que ahora estamos llegó el joven Saulo Torón en torno al año 1896. En aquella época se aceleraba la construcción del Puerto de las Isletas, que terminaría siendo inaugurado en 1902 y terminaría llamándose Puerto de la Luz, haciendo cambiar incluso la advocación de la Virgen del Rosario, que era la patrona, por la de la Luz, debido a que precisamente existía la leyenda de la aparición de una luz que todas las noches trazaba un itinerario por aquella bahía. Desde aquel momento desempeñó varios oficios hasta terminar empleado en la Compañía Carbonera Gran Canaria, oficio en el que alcanzó la jubilación, ya íntegro en la empresa Miller. Prontamente se incorporó a la irreplicable generación de intelectuales que albergaba en aquel tiempo la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. Junto a creadores tan relevantes como Tomás Morales, Alonso Quesada, Néstor y Miguel Martín Fernández de la Torre, Claudio de la Torre... don Saulo vivió las intensísimas décadas con las que empezó el siglo XX; años en los que aquel Puerto le cambió el rostro a la ciudad y a sus habitantes.

*

Entre 1914 y 1920 vivió Torón un especial periodo creativo en el que compaginó la culminación de su primera entrega poética, *Las monedas de cobre*, la escritura de las crónicas periodísticas recientemente exhumadas y la escritura y dirección de tres piezas teatrales. Después vendrían publicaciones exclusivamente líricas: *El caracol encantado* en 1926, *Canciones de la orilla* en 1932, *Frente al muro* en 1963 y su obra completa, con la inclusión de *Resurrección y otros poemas*, en 1970. Pero la vida y la obra de Saulo Torón, pese a lo que pudiera pensarse, están asociadas indefectiblemente al silencio: el silencio de la mitad de su biografía (llegó Manuel Padorno a decir que no hubo nadie más callado que el en la Canarias del segundo tercio del XX) que me propició dar título a esta conferencia; el silencio de su obra lírica, que pese a haber visto la luz en su totalidad, al menos en cuanto a lo que Torón quiso hacer público, adolece hasta hoy de un acercamiento crítico riguroso y desprejuiciado que haga justicia a su originalidad; el silencio de sus crónicas que no fueron publicadas hasta 2002

por el tesón y el rigor de Antonio Henríquez y que eran prácticamente desconocidas para una buena parte de los estudiosos de la literatura canaria, y el silencio de su teatro, que aunque fue editado en 1993 por Ignacio Morán en un volumen colectivo titulado *Teatro teldense*, ha subido en contadas ocasiones a las tablas tras su estreno en aquellos años bullentes a los que antes me referí. Una de esas ocasiones hoy la siento especialmente cercana. Coincidiendo con su ochenta cumpleaños, el día de San Juan de 1965, en el Salón de Actos de este mismo Real Club Victoria, en las instalaciones de entonces, se le rindió un emotivo homenaje. En dicho acto, el presidente de cultura del club capitalino, don Luis Suárez Morales, glosó la figura del vate teldense. Los componentes del cuadro artístico del Club leyeron poemas de la obra *Las monedas de cobre* y seguidamente representaron *La última de Frascorríta*, última de las piezas teatrales compuestas por Torón. La representación estuvo dirigida por Carlos Suárez. El decorado corrió a cargo de Martín Robaina y participaron como actores Luz Marina González, Isabel García, Ana María Morales, María del Carmen Morales, Victoria Morales, Alicia Pérez, Manuel Alonso, Gilberto Sosa, Luis Alsó, el propio Martín Robaina y Orlando García. Las crónicas de aquel evento nos cuentan que el acto se cerró con un prolongado aplauso que se acrecentó cuando el autor se levantó de su asiento.

Pero conviene, más que lastimarse por este silencio, volver voz a Saulo y es precisamente el silencio de su teatro el que quiero hacer voz en el día de hoy. Y lo hago por varias razones. Una de ellas es la particular escritura de las tres piezas que hace que se supere ampliamente la ingenuidad que se les supone. Y otra, muy poderosa, es el hecho de que esas obras retraten a una sociedad que hoy, en este marco, sentimos próxima: la conformada por los habitantes de Las Palmas de Gran Canaria, especialmente los que vivían en este barrio alrededor de los años que marcaron la I Guerra Mundial. A esos habitantes anónimos sacó Torón del silencio. Hoy nos toca a nosotros sacar de él esta faceta creativa, quizá la menos estudiada.

*

En una farmacia que hacía esquina con la actual calle Albareda, muy cerca de aquí, vivían Juan Puig y Micaela Torón, hermana del poeta. Con ellos

estaba Saulo domiciliado por los años en los que escribió las piezas teatrales y los personajes que llevó a la letra debían parecerse mucho a los que se cruzaban con él por la calle. Como vengo diciendo, mi humilde intención es aminorar el silencio del escritor al que hoy homenajeamos y dentro del teatro quisiera darle voz a una obra: *Duelo y jolgorio*, la primera que escribió. Parece ser que ésta obra, que lleva el subtítulo de “escenas de la vida isleña”, fue la más celebrada de Saulo Torón. Según nos comenta el propio autor se intentó incluso representar en el Circo Cuyás, donde no llegó a hacerse por la defunción de un familiar de una de las actrices, y le formularon una oferta que rechazó para llevarla a Buenos Aires. La obra, contextualizada según el propio texto en la Guerra europea del catorce, presenta catorce personajes y es la única dividida en dos cuadros. El primero de ellos, que contiene diez escenas, acontece en el final de una calle, como dije, del Puerto de la Luz, delante de dos casas a ambos lados de la vía y el segundo en el interior de una tienda-café. Comienza la obra con el diálogo entre dos mujeres avencidadas respectivamente en cada una de las casas del cuadro, S. Nicolasa y Mariquita. Con ellas conversa el Tío Chispita que se encamina a casa de su nieta Encarnación para santiguar a un bisnieto con mal de ojo. Entre tanto los esposos de las mujeres aludidas, Andrés y Sinforiano y un tal Gregorito se entregan a una parece que habitual conversación matutina. Continúa el ajetreo matinal de las mujeres hasta que aparece en escena Juanillo el Ecurrío que da noticia de la muerte del bisnieto de Tío Chispita. Rápidamente se esparce la noticia entre las gentes del barrio. En esas y al paso del entierro finaliza el cuadro primero.

El cuadro segundo nos presenta, como he dicho, el interior de una tienda-café. En ella, la tertulia inicial, en la que Torón parece deleitarse, gira en torno a la Guerra Europea. Al rato llegan los vecinos del entierro y en el mismo contexto dan inicio al jolgorio que contrasta con el trágico acto al que acaban de acudir. En esas acontece el final de la pieza, en el éxtasis del jolgorio.

El argumento que sustenta esta obra podemos ir a buscarlo en un poema de Saulo Torón inserto en su primera publicación, *Las monedas de cobre*, como tercer poema del “Tríptico de lo vulgar”:

La familia, enlutada, recibe la visita
que viene a dar el pésame cumplidamente, y
suenan besos y lloros y una voz que musita
débil: “Paciencia, hija, Dios lo ha querido así!”.

Empieza el panegírico del muerto: “Era tan bueno!...
¡Oh cómo lo recuerdo cuando en la procesión
iba devotamente detrás del Nazareno,
siempre tan fiel cristiano, tan justo y bonachón!...”

Suspiros y sollozos, frases entrecortadas
durante un cuarto de hora. ¿Y después?... Las variadas
charlas, el comentario vulgar, ¡lo divertido!...

Visita y doloridos ríen conjuntamente
—el dolor ha pasado casi inconscientemente—
y hasta el muerto sonríe feliz... en el olvido³.

A diferencia de las otras piezas, acerca de las cuales no tenemos ningún comentario del autor, de ésta dijo Torón lo que sigue, que coincide plenamente con el contenido del poema que acabo de transcribir: “Trataba del hábito existente en la isla de ir visitando los bares que había en el camino después de un entierro. El acompañamiento regresaba del camposanto andando y entre conversaciones, charlas y chismes. Recalaba en las tascas para *pegarse* algún que otro *ronito*. Lógicamente muchos terminaban bien cargados”⁴. Poema y comentario coinciden en la circunstancia que lleva a Torón a componer esta pequeña pieza. La yuxtaposición del dolor y el júbilo caracterizan la sociedad que el autor sube a las tablas. Es esa continuidad apacible, esa paradójica convivencia, la que sustenta la pieza. Lo expresa en una de sus intervenciones Gregorito, uno de los personajes que participa del jolgorio final: “A mí que no me digan. Esto de los entierros tiene sus atractivos... Se distrae uno un rato, caray, se distrae uno un rato y... vamos, que llega uno a desear que haigan difuntos todos los días!”⁵.

Pero vayamos un poco más allá. El interesante trabajo *Costumbres populares canarias de nacimiento, matrimonio y muerte*, coordinado por el Dr. Don Juan Bethencourt Alfonso⁶, recoge datos que pueden resultarnos curiosos acerca de esta yuxtaposición de *Duelo y jolgorio*. Este es un documento

recogido en Teguiise, en Lanzarote: “Hay la tradición de que antes, cuando se moría un angelito (niño), bailaban”⁷. Este otro está recogido en Tacoronte, en el norte de la isla de Tenerife: “Los duelos de despedida, después de rezar un padrenuestro, diciendo “muchacha vida”. Después de la misa, iban hasta hace pocos años a echar, el acompañamiento, un trago en la casa del dolorido”⁸. De la isla de El Hierro, Bethencourt Alfonso presenta este texto: “Terminado esto, algunos piden de favor un padrenuestro u otra oración por el alma de algún deudo, etc. Terminado esto se pone una mesa, donde todo el mundo come, y a todos se les permite cierta alegría y buen humor. Concluido, se despiden y se marchan”⁹. Todos estos testimonios dan idea, evidentemente en diversos grados, del comportamiento de una sociedad ante la inevitable realidad de la muerte. En Canarias aún se conserva una costumbre ancestral que es plasmación de esa yuxtaposición como es la de los llamados Ranchos de Ánimas.

Hay otro aspecto que no puedo dejar de mencionar y es la inclusión por parte de Torón de una creencia tan arraigada en Canarias como es la del mal de ojo, supuesta causa del óbito. La figura del Tío Chispita coincide con la del santiguador, personaje que con una pseudo-plegaria religiosa sanaba o al menos intentaba hacerlo al afectado. Acerca del mal de ojo nos cuenta Domingo J. Navarro:

El *mal de ojos* era casi siempre casual y producido sin mala intención. Dependía de cierta fatal propiedad que tenían algunas mujeres de enfermar a los niños gordos y graciosos, si al fijar los ojos en uno no decían *Dios lo guarde*. Siempre que un niño se desmejoraba y enflaquecía rápidamente era, en concepto de la familia, víctima del *mal de ojos* y se necesitaba santiguarlo a toda prisa; pero en tales casos no se obtenía buen éxito, si no había un ser viviente a quien transmitir el mal y generalmente era algún perrito el que pagaba las culpas ajenas. El maleficio, *maljecho*, era siempre muy grave y causado con dañina intención. Para remediarlo se acudía a los más afamados y diestros santiguadores, y no pocas veces ocurría que, el mal continuaba sus estragos. Esta rebeldía se tomaba como signo positivo de que el maleficio estaba ligado con sortilegio¹⁰.

Pero el verdadero interés que alberga la inclusión de esta creencia popular es el debate sutil, pero significativo, entre ciencia y creencia. En la Primera Escena del texto encontramos este curioso diálogo:

MARIQUITA: No me diga, señora, que disgusto tan grande no lo he tenido en mi vida...

S. NICOLASA: ¡Ya lo creo, quería...!

MARIQUITA: Por eso digo yo, que cuando un niño se pone malo, que no sabe lo que tiene ni él sabe decir lo que le duele, lo mejor es llevarlo al médico... Ellos lo ven y saben mejor que uno lo que es menester mandarles...¹¹

Más adelante, cuando entra en escena el santiguador, el Tío Chispita, S. Nicolasa, sabedora del estado del bebé comenta:

S. NICOLASA: ¿Qué me cuenta...? ¡Mal de ojos...! Pues mire, Tío Chispita, *mejor sería que mandaran a buscar a Frasquita la bruja, que en esas cosas de males y hechizos es toa una médica... ¡Y qué buena es, quería...!* Manuelita la del carbón, la que vive con Antoñito el pelao, tenía un hijo con malhecho, y desde que se lo llevaron a la bruja, quedó el niño tan sano y contentísimo como si hubiera visto llegar a los propios Reyes Magos¹².

Las posturas de Mariquita y S. Nicolasa representan, claramente, dos planteamientos contrapuestos. La de la primera vecina apuesta por la confianza en el conocimiento científico mientras que la de Nicolasa alberga fe en los poderes sanadores de la magia, de la brujería. Es el correlato dramático del debate poético (y vital) entre lo mítico y lo lógico. Torón parece volcar en el personaje de Mariquita su propia cosmovisión. La idea de *Progreso* incorpora el conocimiento científico como verdad indubitable frente a las creencias y supersticiones. Esa situación hace que resulte más significativa la opinión del mismo personaje acerca de la situación desfavorecida de la mujer:

S. NICOLASA: Sí, señora; y es que los hombres quieren ser muy regalaos y que se lo jagan too, y que una pase las fatigas pa que esté too dispuesto cuando ellos lleguen... ¡Le digo a usted...! Y la culpa la tenemos nosotras, por casarnos... ¡Bien me lo decía mi madre, que en Santa Gloria esté...!

MARIQUITA: A mí también me lo decía la mía; pero, hija, una por conocer de too... Yo lo que creo es, que aquí, como en otras partes, debía haber eso que llaman *tivorcio... divorcio... o no sé cómo*; eso que cuando una no está a gusto con su marío, no tiene más que declararlo a la Justicia y puede separarse de él desde que quiera...

S. NICOLASA: Sí, Mariquita, pero eso tiene una *gran dificultad*.. ¿Y los hijos, nuestros pobres niñitos...?

MARIQUITA: Señora, ya se arreglaría todo...¹³

En otra escena de este mismo Cuadro, nuevamente Mariquita traslada una opinión que sin duda coincide con la de Torón:

MARIQUITA: ¡Qué quiere usted decir, hombre de Dios! Si nosotras, las mujeres, trabajamos más y producimos más que usteees... Si usteees con salir por la mañana a cargar cuatro fardos o echar cuatro palas de carbón en una bodega, vienen a casa completamente rendíos, y se tumban en la cama mismamente que animales... ¡Qué nos sabemos nosotras lo que son trabajos..! ¡Mujer debió usted haber nacido, pa que supiera lo que hablaba...!¹⁴

Otro asunto sobre el que Torón se centra con especial interés es el de la situación laboral de sus paisanos. La escena V del Primer Cuadro de esta pieza en la que intervienen Andrés (esposo de S. Nicolasa), Sinforiano (esposo de Mariquita) y un tal Gregorito, es la que con más crudeza retrata este motivo. Ahora se da una circunstancia curiosa, Andrés, el esposo de S. Nicolasa, es quien parece encarnar el pensamiento del autor, el que parece constituirse en portavoz de su cosmovisión, oportunamente apuntalado por el irónico y gracioso Gregorito. Transcribo dos de los parlamentos de Andrés:

ANDRÉS: No, Gregorito, no; las cosas no están como antes. Ya no se premia el trabajo ni se busca al hombre trabajador... Hoy todo son favoritismos y adulaciones, y al que es honrao y sabe cumplir, a ése se le deja morir de hambre... [...].

ANDRÉS: ¿Y por qué, Gregorito, por qué...? Por lo que dije denantes, porque aquí no hay vergüenza ni unión entre los trabajadores... Vamos a ver. ¿Usted cree que hay derecho a que los mismos que van a trabajar hoy vayan mañana, y pasao, y siempre; y nosotros, los que no tenemos influencias ni vamos con regalos, y otras cosas que yo me sé, pa los encargaos, nos muramos de hambre viendo a los demás como se las bailan...? No, jinojo, jesto salta a los ojos de Dios!¹⁵

En una de sus crónicas Torón llega a calificar al suyo de “pueblo muerto”. En cierto modo, las palabras de Andrés no hacen más que constatar la penosa situación de gran parte de las clases trabajadoras de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria en las primeras décadas del siglo pasado. Más adelante encontramos otra intervención de este personaje en la que aboga por superar esa situación desde la unidad. El esfuerzo de Torón

por concienciar al pueblo del que emana de su verdadera condición traspasa la crónica para instalarse también en su teatro. Esta es la intervención de Andrés a la que me refiero:

ANDRÉS: No, recontra; es que las cosas no están bien; es que se abusa y se desprecia mucho al trabajaor... Es que los que tienen obligación de hacer por nosotros se encogen de hombros... y too les tiene sin cuidao... Y es por lo que yo digo, jinojo: porque no estamos uníos, porque no vamos a nenguna parte, ¡porque no tenemos vergüenza...!¹⁶

Sinfioriano encarna, a mi parecer, la actitud cotidiana de resignación y sumisión del hombre canario. Se incorpora tardíamente a la tertulia después de haber dormido parte de la mañana, proclama a los cuatro vientos su afición por el ron y no hace otra cosa que congraciarse de los golpes humorísticos de Gregorito. No obstante, Torón, al hacer confluír las tres personalidades en el jolgorio que sucederá al entierro en la tienda-café está mostrando el lado común de tres rumbos que marca la personalidad del isleño, la del rebelde que toma conciencia de su situación y proclama una revolución que no se atreve a consumir, la del simpático que encubre en el humor su crítica al sistema que lo aliena y la del resignado que parece agradecer su precariedad.

Cada una de las piezas teatrales escritas por Saulo Torón alberga la presencia de un personaje extracanario que introduce en el texto una perspectiva más o menos relevante según los casos. Particularmente en *Duelo y jolgorio*, el personaje encarnado por don Carlos, el alemán, es de los menos significativos y a mi juicio Torón lo introduce para expresar el tópico que arrastran los que son, según su óptica, los enemigos en el conflicto que por aquellos años sacude el mundo. Torón, aliadófilo declarado, utiliza los seis parlamentos del personaje teutón para mostrar un ser mecánico, consumidor de cerveza y sin mucho pudor a la hora de nombrar los muertos que va sembrando su país en las filas aliadas: “Bien. Gracias... Señores, adiós... Don Policarpo, nosotros beber cerveza... nosotros ser fuerte, muy duros... matar muchos”¹⁷. Lo más significativo quizás es la pleitesía que le rinde el personaje del tendero don Policarpo, germanófilo declarado y que Torón utiliza para ridiculizar las posturas de muchos insulares que justificaron la causa germana. Si ridículo es el comportamiento

del alemán, más ridículo resulta el del entregado don Policarpo que comparte con el centroeuropeo la alegría por las noticias positivas que para su causa llegaban del frente.

*

Con esta breve aproximación a una de las obras de Saulo Torón, he querido demostrar que todavía queda mucho silencio. Hace treinta años que el poeta se fue, pero su voz nos espera en sus poemas, sus textos en prosa y sus piezas dramáticas. Cada vez que nos asomamos a ellas, hacemos presente a quien nos ha dejado el testimonio peculiar en un tiempo complejo, difícil.

Quisiera volver a dar voz al poeta trasladando a ustedes las palabras que redactó para agradecer un homenaje del que este año se cumplen treinta y cinco años y que, como dije anteriormente fue el más multitudinario de los que recibió. En aquella ocasión, el siempre tímido y reservado Torón pidió a Juan Rodríguez Doreste, uno de sus amigos más leales que lo leyera en su nombre. Hoy quisiera leerlo yo y en el nombre de los dos, para hacer también justicia a Rodríguez Doreste, que creyó firmemente en las piezas teatrales de su amigo Saulo llegando a transcribirlas en su momento y ofreciendo con ello la copia que se utilizó para la edición. Aquel texto, del que creo que Torón no cambiaría una palabra, decía y dice:

Amigas y amigos: Me habéis de perdonar que os hable por persona interpuesta. Me presta su voz un leal amigo de toda la vida. Hacerlo yo mismo hubiera podido exponerme a que la emoción, la honda, sincera y entrañada emoción que siento, me hubiera jugado alguna mala pasada. Ya sabéis todo cuanto he vacilado antes de aceptar este inmerecido homenaje. Llegué hasta rehusarlo porque no me creí nunca con méritos para justificarlo y mucho menos para suscitar tantas amistosas adhesiones. Mi sorpresa ante todo estos no ha tenido límites. Tampoco los tiene mi gratitud. Para explicar este verdadero fenómeno, este hecho de congregar en torno mío a tan calificado número de personas de condición y edad tan variadas, pienso que todo lo provoca, más que la admiración a un poeta que tan parca y quedamente ha cantado toda su vida el gran afecto a un viejo amigo invariable y también, sin duda, el ser yo con la sola virtud de mi longevidad, el único superviviente, el único testigo de

aquel inolvidable grupo que dio por primera vez unidad y fuerza de generación a la voz poética de nuestra querida isla. Si todo este ajetreo lo hubiera movido tan solamente honrar a un poeta, los versos de un poeta, eso significaría que la poesía habría de ser en nuestra existencia una palanca decisiva y que nuestro país estaría felizmente salvado. Pasarán todavía muchos años para que los poetas vuelvan a ser profetas en su propia tierra. Con todo os agradezco entrañablemente esta grata, reconfortadora y emotiva compañía que hoy hacéis a este vuestro viejo amigo y compañero. Yo no soy en el fondo –ni creo haber sido otra cosa en mi larga existencia– que un abierto y sincero corazón algunas veces sangrante, algunas veces irritado, pero volcado siempre sin cesar y que ahora quisiera hacerse inmenso, infinito, para poder acogeros a todos, para fundirse con todos vosotros en el fuego único de la amistad, en un abrazo gigantesco que marque el calor, la efusión y la gratitud de este achacoso y modesto poeta a quien habéis deparado hoy la emoción más profunda, más memorable y más peligrosa de toda su existencia. Amigas y amigos míos, con el corazón saltándome en los labios, gracias, muchas gracias¹⁸.

NOTAS

- 1 Este texto fue leído con motivo de la celebración del treinta aniversario del poeta Saulo Torón, celebrado el 23 de enero de 2004. A la lectura del texto, en el recinto del Real Club Victoria de Las Palmas de Gran Canaria, precedió un concierto de la Banda Municipal en la plazoleta que lleva el nombre del poeta y una ofrenda floral ante el busto de Torón realizado por Juan Jaén. Todos los actos fueron organizados por el Real Club Victoria.
- 2 Saulo Torón, *Poesías satíricas*, (ed. de Joaquín Artilles), Las Palmas de Gran Canaria: Excma. Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, 1976.
- 3 *Poesía completa*, Santa Cruz de Tenerife: Interinsular Canaria, 1988.
- 4 CANO VERA, “Nuestra ciudad y sus hombres. Saulo Torón. Capítulo IX”, *El Eco de Canarias*, Las Palmas de Gran Canaria, Sábado 5 de noviembre de 1966.
- 5 “Duelo y jolgorio” en *Teatro teldense* (ed. de Ignacio Morán Rubio), Excmo. Ayto. de Telde, 1993, p. 127.
- 6 Aula de Cultura de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife: Cabildo Insular de Tenerife, 1985.
- 7 *Ibíd.*, p. 267.
- 8 *Ibíd.*, p. 274.
- 9 *Ibíd.*, p. 260.
- 10 DOMINGO J. NAVARRO, *Recuerdos de un noventaón. Memorias de lo que fue la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria al principio del siglo y de los usos y costumbres de sus habitantes.*

Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria, 1998.
p. 139.

- 11 “Duelo y jolgorio”... Opus cit. p. 102.
- 12 *Ibíd.*, p. 104.
- 13 *Ibíd.*, p. 103.
- 14 *Ibíd.*, pp. 105-106.
- 15 *Ibíd.*, pp. 108-109.
- 16 *Ibíd.*, p. 115.
- 17 *Ibíd.*, pp. 129-130.
- 18 La transcripción de este breve discurso de Torón la publicó JUSTO JORGE PADRÓN en un artículo titulado “Saulo Torón, uno de los tres decanos de la poesía española”, *El Eco de Canarias*, Las Palmas de Gran Canaria, 12 de octubre de 1969.